

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRIMINALES

Asombra el estrago que los años producen, no sólo en el físico, sino en el alma, volviéndonos desconfiados de todo bien y recelosos, tardos al entusiasmo, fáciles en admitir la hipótesis de todo mal. Sin querer y sin poder remediarlo, los que no tenemos alquilado un piso en el Limbo, nos asemejamos á aquel boticario que á cada murmuración ó acusación contra alguien repetía: «¿Como si lo viera!», meneando en cambio la cabeza en señal de duda cuando le referían algún rasgo de bondad ó de heroísmo. Yo, sin embargo, creo en el bien; hasta creo en una inmensa tendencia á la bondad que existe en el corazón humano y por la cual se sostiene el equilibrio del mundo moral, pues si á toda hora todo hombre cometiese iniquidades, viviríamos en un estado inconcebible. Lo que se nos aguja y despierta al roce de la experiencia, no es, á decir verdad, el pesimismo, sino una especie de facultad crítica, que nos enseña á discernir lo teatral de lo natural, lo amañado de lo sincero, lo verosímil de lo inverosímil. Por eso, desde el primer instante supuse que el padre de los cinco niños asesinados en Corancez era su verdadero asesino; por eso, desde el primer instante dudé de la aureola de mártir del cura de Laval, olfateé el *canard* en su propia salsa.

Libreme Dios de creer imposible el sacrificio del confesor consintiendo en morir antes que revelar el secreto de la confesión. Este caso, y otros igualmente sublimes, pueden presentarse, y en la historia religiosa están consignados. El deber, la fe, se imponen y originan rasgos de abnegación y desprecio de la vida. Militares condenados á muerte á quienes se permitió salir de un campamento enemigo bajo palabra, volvieron á él para ser arcabuceados. Sin ir tan lejos: todos hemos conocido en Madrid á cierto ministro chino, que llamado por su emperador para ser decapitado, á sabiendas fué y presentó el cuello, cuando no le hubiese sido difícil esconderse en los Estados Unidos ó en algún otro país de libertad. Hay mujeres que dan la vida por la honra; el darla hombres y mujeres por las creencias religiosas es frecuentísimo. Aunque la vida sea el único tesoro que perdido no se recupera, la humanidad no es tan avara de ella que no la arriesgue con relativa indiferencia, unas veces por cosas buenas y grandes, otras por cosas malas y baladíes. No era, pues, el hecho en sí lo que me incitaba al escepticismo en la cuestión del abate Bruneau. Eran las circunstancias, era el escenario, era el modo y la forma de presentarse el drama lo que me ponía en alarma y me infundía una suspicacia de polizonte experto.

He leído bastantes causas criminales francesas: toda la colección de Albert Bataille, donde, á pesar del poco talento del cronista, hay cosecha larga de documentos humanos. Sin negar que en Francia pueden los tribunales ordinarios cometer un error; sin acatar, ni mucho menos, la santidad de la cosa juzgada, me parecía difícil que cometiesen una equivocación tan grosera como enviar á la guillotina á un sacerdote, cuando pudiese haber duda acerca de su culpabilidad. Sería error creer que en esto pudiese influir el ser Francia una república, ni las corrientes del laicismo. Por el contrario: así como Francia, en el hecho de ser república, la única república que constituyó á la vez una gran nación europea, se consideró obligada á extremar el rigor de la represión con los anarquistas de acción, y promulgó leyes excepcionales para asegurar el orden, en el espíritu de los jueces debe existir la noción de que comprometerían y avergonzarían á Francia y á su forma de gobierno ejecutando á un sacerdote cuyo crimen no

estuviese bien probado. Además, si un sacerdote es acusado injustamente de un crimen, no le faltan medios de defenderse: hay mucha gente, clases sociales enteras, que están interesadas en sacar á luz su inocencia. Aunque selle sus labios el secreto de la confesión impidiéndole delatar al verdadero culpable, no por eso le está vedado vindicarse de otro modo, con sus antecedentes, con sus actos el día y á la hora del crimen, etc. Entre los rumores que corrieron ahora, díjose que existía un documento probando que al cometerse el asesinato del cura Fricot, no estaba en el presbiterio el cura Bruneau. Si poseía esta coartada, ¿qué canon le obligaba á no producirla? Aquí se confunden dos cosas: el silencio obligatorio y heroico del confesor, y la lícita defensa sin acusar á nadie. La defensa de la honra, en la teología católica, es más que un derecho: es un deber. Sin nombrar á la criminal, sin aludir á ella en lo más mínimo, pudo defenderse el cura Bruneau. No digo quién fué; á nadie acuso; pero voy á demostrar que yo no fui. ¿Cabe nada más sencillo? ¿Habían de reunirse tales apariencias, de sumarse tales datos, que la atroz equivocación llegase al extremo de hacer subir á un inocente, á un mártir, al patíbulo, y había de permanecer esto tan callado, tan oculto, seis ó siete años, para volver á la superficie y estallar como una bomba en este crítico momento?

Nada es imposible, ciertamente: todo sucede en el mundo. No obstante, hay casos que no tienen cara de ser verdad, y este del cura Bruneau era del número. En cambio, el crimen de Corancez, aunque parezca inverosímil, de horrenda inverosimilitud, desde luego me dió en el pensamiento ese golpe misterioso de la evidencia, que el magistrado debe evitar, para que no influya en su decisión, pero que el espectador no evita, sobre todo en países donde no existe la ley de Lynch.

Si alguna vez cabe lamentar la falta de esa ley en el derecho consuetudinario latino (aunque en Cataluña existió y se llamó justicia catalana), es ahora, ante el crimen del labrador de Corancez. Comparado con éste, es flor de cantueso el del cura Bruneau, y suena á injusticia que los dos hayan de sufrir igual castigo, el mismo tajo de la máquina de Guillotín. Criminales como el de Corancez han vuelto á acreditar en la ciencia penal moderna el concepto de la necesidad de la pena de muerte, hoy defendido y apoyado por la mayoría de los autores penalistas.

Bruneau aparece como un criminal de ocasión, y hay en su historia indicios de verdadero arrepentimiento: el siniestro parricida de Corancez presenta el tipo acabado de ese criminal incapaz de arrepentirse, anomalía moral, á quien el acto, el crimen mismo, *revela*, pero no *desmiente*. En los anales — ¡tan nutridos! — de la maldad humana, no conozco caso más monstruoso. Sorprender primero al perro leal, guardián de la casa, que se acerca halagador á su amo; después á cinco niños (¡cinco!) á quienes se ha engendrado, y dar muerte á estas seis criaturas (el perro me indigna también, poco menos que los niños, por la ocasión y el fin con que su amo le acogeta), es cosa poco frecuente, aun revolviendo la crónica negra de muchos años. ¡Cinco niños! Quisiera uno poder penetrar en el cerebro de ese padre, sorprender el horrendo fenómeno de sus ideas, de sus sentimientos, en esa hora. Hay padres de todas clases: los hay que no quieren con exceso á su prole. Pero infaliblemente, si esos padres tienen cinco hijos, habrá uno con el cual sean más blandos, para el cual conserven algo de calor en las entrañas. Quizás ellos mismos no lo sepan: quizás se crean indiferentes á la voz, á la cara, á la mirada de aquel ser salido de su ser. Mas en el momento supremo, de peligro, de súplica, lo notarán: sentirán el movimiento hondo de la ternura involuntaria, del instinto. Para el de Corancez no existió ese movimiento. Con la precisión metódica del que siega trigo, con la tranquila fuerza del que despachurra insectos, sin temblor en la mano que empuñaba por turno la maza y el cuchillo, fué machacando cráneos, partiendo pulmones. Alguna de las víctimas se despertó, juntó las manos pidiendo compasión, se arrodilló llorando: no por eso interrumpió el padre su tarea. Como el ídolo insensible de Moloch, que recoge á las criaturas y las introduce en el horno ardiente para consumirlas, se dirá que ni tuvo oídos ni ojos. Iba á matar, y mató. Se dan casos de criminales que durante el crimen parecen embriagados de horrible frenesí, y después caen en un amodorramiento estúpido, en el marasmo de la naturaleza agotada. El de Corancez tampoco tuvo esto de humano. Rematados los cinco niños, esparcidos por suelo y paredes sus sesos y su sangre, representó la infernal comedia de herirse, para despistar á la justicia y achacarlo todo á unos ladrones imaginarios.

Este parricida es el criminal más grande entre los que hoy existen detenidos en todas las cárceles del mundo. Aumenta la magnitud de su crimen la miseria del móvil. No por pasión, ni por amor á una mujer; no por quedarse libre para contraer segundo matrimonio, se decidió Brierre á cometer el acto sin nombre. Quizás este fuese un estímulo ocasional; el verdadero motivo fué sencillamente de economía: no tener que alimentar y vestir á sus hijos; no tener esa traba, esa obligación, ese dispendio. Es un hombre que echó sus cuentas, sumó, restó, y se arregló á lo que resultaba de la resta y de la suma. El espantoso cuadro titulado *Las bocas inútiles*, que vi el año pasado en la Exposición, acudió á mi memoria. Los niños del labriego, bocas inútiles, ¡á suprimirlas! ¿Qué dirá de esto el autor de *Fecundidad*? O antes ó después, ello es que se suprime á los pequeños...

Del hombre de Corancez la ciencia jurídica nos dice lo siguiente: que ni es un impulsivo ni un idiota; que su inteligencia no deja nada que desear; que no presenta síntoma alguno nosológico, si se exceptúa la completa ausencia de sentido moral, que no nos atrevemos á decir si es enfermedad ó locura, pero de seguro es misterio... ¡Locura! ¡Qué palabra tan difícil de acotar! ¡Quién señalará sus límites! ¡Quién precisará su carácter verdadero! En el teclado del espíritu de Brierre hay, según la expresión de un médico francés, una tecla desafinada, una sola... Y basta para desconcertarlo todo.

Una de las condiciones características de los criminales es la falta de emoción. Fríos y pálidos como el mármol se quedan ante lo más conmovedor, ante lo que debiera llegarles más adentro. Ni pestañean sus ojos, ni la sangre acelera su curso enrojeciendo las mejillas y revelando la sensibilidad. Impasibles ven el cadáver de sus víctimas. Así ha sucedido á Brierre, que desde la prisión, no cuidándose ni de salvar las apariencias manifestando algún sentimiento por el tremendo fin de cinco hijos, sólo piensa y sólo habla de su cerdo, de su avena, de su ropa, de las cosas materiales, únicas que existen para ese hombre extraño, á quien los antiguos excluirían de la humanidad. A una mujer falta de sentido moral, cuando la preguntaban por qué había coadyuvado á un robo con asesinato, respondía: «Por tener una bonita cofia...»

Lejos estamos del tipo del criminal antiguo, clásico, chorreando conciencia, trasudando remordimientos, á quien se le eriza el pelo á las altas horas de la noche, porque cree escuchar un doloroso gemido en la sombra... Este criminal de ahora, efectivo, estudiado según la naturaleza, según la realidad cruda y fuerte, no conoce más remordimientos que uno: el de no haber sabido combinar mejor el crimen, para despistar á la opinión y á la justicia. Y á veces, ni eso. Un respetable sacerdote, que ha vivido años enteros en las prisiones, el abate Moreau, confiesa lleno de tristeza que en ciertos miserables no hay medio de despertar sentimientos honrados: ni la idea cristiana, ni su propio interés. «Se inclina uno más bien á considerarles fieras con rostro humano que individuos de nuestra raza.»

La confesión es más preciosa y significativa en labios de un sacerdote, que cree en el arrepentimiento, en la gracia y en la infinita misericordia. Claro es que nadie puede limitar esta esfera divina. Hablamos de lo humano. En lo humano, fieras son, y fieras indomesticables. La ley penal, que también es obra de hombres, se atiene á esta noción, y resuelve eliminarles. Es la última palabra; eliminar. Como el organismo elimina los principios tóxicos...

A tal conclusión se ha llegado después de un siglo entero de convencionalismo é ideas caritativas acerca de la posible enmienda del criminal. Los observadores nos dicen que aun los mismos criminales eminentísimos, como el de Corancez, á pesar de su indiferencia y su embrutecimiento, aman la vida y temen á la pena de muerte, envalentonándose cuando observan que se aplica pocas veces ó se tiende á suprimirla. El efecto de la amenaza — dice Garofalo — es sensible hasta en los alienados, según notan á cada paso los médicos. Sin embargo, con esta clase de criminales, el castigo, más que preventivo, es eliminativo; la supresión de la fiera.

¿Habrá alguien que sienta piedad del padre matador de cinco hijos pequeños? Puede que sí. La compasión es inmensa como la iniquidad. En el alma humana caben la bondad y la benevolencia sin mezcla de mal, como cabe el mal puro, satánico, la capacidad entera del crimen, sin nada que lo atenúe.

Y falta nos hace en esta ocasión una Santa Teresa, que tuvo lástima hasta del diablo, para compensar la impresión de repugnancia que causa el labriego Brierre.

EMILIA PARDO BAZÁN.